

**NOTAS
Y
RESEÑAS**

Sobre la *vía católica* a la modernidad

Jorge Del Palacio¹

COLOM, F. y RIVERO, A. (eds.) *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político iberoamericano*, Barcelona, Anthropos, 2006. 207 pp.

Uno de los hechos más relevantes que inauguró el siglo XX fue el progresivo hundimiento de los valores y las instituciones que encarnaban la democracia liberal. El rechazo de tutelas políticas, el fomento del debate público, el papel social de la educación, la supremacía de la razón o el desarrollo científico y material se habían considerado los raíles sobre los que la sociedad occidental avanzaba desde el siglo XIX. A su vez, estos valores encontraban su respaldo institucional en sistemas constitucionales y gobiernos libremente elegidos que velaban por hacer valer el imperio de la ley, así como un conjunto aceptado de derechos y libertades para el disfrute de los ciudadanos. Pero este prometedor comienzo de siglo derivó, como consecuencia de las guerras mundiales, hacia una liquidación del liberalismo político. Liquidación que se veía acelerada notablemente con la ascensión de Adolf Hitler al cargo de canciller de Alemania en 1933. Como ha señalado Eric Hobsbawm, en los años veinte, considerando el mundo en su conjunto, podían registrarse treinta y cinco, o más, gobiernos a los que se podía considerar «constitucionales». En 1944, por el contrario, el número se había reducido a una escasa docena². La tendencia era clara. La mayoría de las democracias que cayeron en el periodo de entreguerras fueron sustituidas por estados autoritarios que, apoyándose en los cuerpos de coerción física –a saber, la policía y el ejército–, desarrollaron programas políticos cuyos pilares fundamentales eran el antiliberalismo, el anticomunismo, el nacionalismo y grandes dosis de pragmatismo-entendido, este último, como sentido de la oportunidad política. La mayoría de estos gobiernos autoritarios han sido tildados de «fascistas», y no sin cierta razón. El fascismo, en su forma italiana original y luego en la versión nacionalsocialista, fue una fuente de

1 Universidad Autónoma de Madrid.

2 E. HOBSBAWM, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2006, pp. 119-120.

inspiración, legitimidad e identidad política para los gobiernos autoritarios que comenzaban a dar sus primeros pasos en el tablero de la política mundial.

Sin embargo, amén del abrumador éxito de la estética fascista entre los próceres de estos regímenes, un análisis detallado del contenido ideológico de sus discursos nos revelaría que, más allá del núcleo compartido de ideas fuerza arriba mencionados, existen diferencias de hondo calado que dificultan etiquetar a todos los gobiernos autoritarios de esta época como fascistas. Una de las más importantes, y que concierne a la obra que aquí se reseña, es el papel del Iglesia y su relación con el Estado en la configuración ideológica de dichos regímenes. Tanto el fascismo como el nacionalsocialismo no tenían demasiada simpatía por un poder transnacional como el de la Iglesia. No en vano, el nombre del líder del fascismo italiano –Benito– no era sino un homenaje al anticlerical presidente mexicano Benito Juárez. Por el contrario, en el orbe iberoamericano se estaban fortaleciendo, casi simultáneamente, gobiernos dictatoriales que conferían a la religión católica un lugar preeminente en su imaginario político. El *Estado Novo* portugués del profesor António Oliveira Salazar y el régimen *nacional-católico* del general Francisco Franco en España –a los que se dedican sendos capítulos en este libro– son dos de los ejemplos más acabados de este particular connubio entre autoritarismo, catolicismo y nacionalismo.

A primera vista, la conjugación teórica entre catolicismo y nacionalismo puede parecer más problemática que la relación nacionalismo/autoritarismo o catolicismo/autoritarismo. Si hacemos abstracción del contexto y nos quedamos con las ideas, el nacionalismo es una doctrina política que busca afirmar la identidad particular de un grupo humano a través del Estado. El catolicismo, por el contrario, al no ser patrimonio exclusivo de ningún colectivo humano en particular, se erige como una doctrina que desborda los límites estatales. Lo que los autores de *El altar y el trono* mantienen es que tanto el nacionalismo como el catolicismo, lejos de representar principios de identidad política autoexcluyentes, en ciertos contextos pueden conjugarse productivamente dando lugar a una categoría específica dentro de los regímenes políticos. Es cierto que en todo el orbe iberoamericano, desde el siglo XIX en el que se *inventa* el Estado nacional, la Iglesia católica obró como freno al desarrollo nacional. En cierta medida, el siglo XIX puede ser leído en clave de lucha entre los Estados y la Iglesia por el control de los instrumentos para la socialización política del pueblo. Sin embargo, cuando a finales del siglo XIX el nacionalismo cambia de signo ideológico, para pasar de liberal a conservador, la Iglesia, impelida a adoptar una estrategia más pragmática que le permitiese sobrevivir, comienza a vislumbrar al Estado moderno como elemento para la salvación de la sociedad, como ya predijera Donoso Cortés. Se habían cocinado todos los elementos para hacer factible una alianza positiva entre la Iglesia católica y el Estado.

De esta manera, *El altar y el trono* presenta una serie de artículos que se hacen cargo de esta política de signo católico en un ámbito diferenciado histórica y culturalmente: iberoamérica. El libro nos recibe con un capítulo a cargo de Antonio Rivera sobre el tradicionalismo católico en la España del XIX y se cierra con una reflexión sobre los movimientos católicos latinoamericanos que firma Carlos Alberto Patiño. Entre principio y final el lector podrá encontrarse con sendos capítulos sobre el autoritarismo católico ibérico –el referido al *Estado Novo* de Salazar escrito por Ángel Rivero y el referido al caso español por Francisco Colom. Asimismo, el libro se completa con un capítulo dedicado al conservadurismo católico chileno que presenta Carlos Ruiz Schneider; un capítulo que tematiza las trayectorias del catolicismo político en Colombia a cargo de Óscar Blanco y Elurbín Romero; y un capítulo que desarrolla las relaciones entre el nacionalismo y el catolicismo en la Argentina contemporánea que firman Fortunato Mallimaci, Humberto Cucchetti y Luis Donatello.

El altar y el trono, por tanto, es una voz más que a medio camino entre la filosofía, la historia y la politología se suma al debate que pone en jaque las teorías que identifican secularización con modernización. Porque *El altar y el trono* muestra, con ejemplos prácticos que la mayoría de los lectores encontrará familiares, unos imaginarios políticos confesionalmente autorreferidos de organizaciones sociales, políticas y económicas que certifican que también ha existido una *vía católica* a la modernidad.

